

Compás de espera en Mali



Cuando hace unos años, la lucha contra el terrorismo emprendida por el gobierno argelino empezó a dar sus frutos al neutralizar las capacidades del Grupo Salafista para la Predicación y el Combate (GSPC), Argelia y el Magreb en su conjunto albergaron la esperanza de una región estabilizada. Después, Al Qaeda supuso una oportunidad para aquellos radicales que no dudaron en reaparecer, convirtiéndose en una versión regional del grupo terrorista de Bin Laden: Al-Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI). Aunque éste ha actuado de forma independiente desde el primer momento, ha compartido con “la base” su imagen y discurso, lo que le ha permitido aglutinar a elementos terroristas de distintas procedencias. Su gran proyecto es el de **consolidar el “Emirato del Sahara”**, que abarcaría Mauritania, Malí, Níger, Nigeria, Libia y Chad y **cuyo sustento procedería de los secuestros de occidentales en la región.**

La desestabilización de la zona, a resultas de la guerra de Libia de 2011, constituyó el marco perfecto para que las milicias que en ella combatieron pudieran aprovecharse del descontrol de armamento que siguió al conflicto. De hecho, las pretensiones independentistas de la región de Azawad en el norte de Malí cobraron fuerza con el regreso de los grupos tuareg procedentes de Libia.

Las Fuerzas Armadas malienses se vieron superadas al enfrentarse a los tuareg del Movimiento Nacional para la Liberación del Azawad (MNLA), derivando tales circunstancias en el golpe de Estado perpetrado por el Capitán Sanogo en marzo de 2012, descontento con la actuación de su Gobierno ante tal crisis.

En los últimos meses, los tuareg del MNLA han sido desplazados por otros grupos radicales de índole diversa que se han hecho con el control de la situación, unos, islamistas autóctonos (Ansar al-Din), y otros, pretendientes de la yihad global (AQMI y su escindido MUYAO -Movimiento para la Unicidad y Yihad en África Occidental-).

Los avatares internos de la evolución de Malí, cuyo Gobierno intenta recuperar la integridad del país, han disparado todas las alarmas, pues lo que hasta hace poco se percibía como una amenaza regional latente, ha ido tomando carácter real de ámbito internacional.

No nos encontramos únicamente, una vez más, ante el posible nacimiento de otro de esos llamados “estados fallidos”, sino que por primera vez, si el Azawad se convierte en la cuna de ese “Emirato del Sahara”, estaremos ante la posible creación de un “estado

terrorista”. No se tratará de un Estado en el que determinadas facciones –impulsadas o no desde las esferas de poder- se valgan del terrorismo, sino de unos terroristas que habrán constituido un Estado propio.



Para afrontar este nuevo escenario se ha planteado una intervención militar auspiciada por la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (CEDEAO) al amparo de las Naciones Unidas, cuya puesta en práctica no está exenta de polémica y divisiones entre los actores regionales e internacionales.

Como era de esperar, los plazos marcados por la CEDEAO para iniciar las operaciones militares encaminadas a recuperar el Azawad están dando tiempo a los grupos insurgentes para establecer su estrategia de defensa y organizarse. Y así está siendo: con independencia de los refuerzos que unos y otros están recibiendo de milicianos venidos de fuera de Malí, el “Emirato del Sahara” de AQMI creó en noviembre la 6ª Brigada “Youssef ben Tachfine”, en recuerdo del tercer sultán de la dinastía de los Almorávides, que combatió en Al-Ándalus. En sus filas han integrado a un número considerable de combatientes tuareg con la finalidad de evitar que se les tilde de grupo “extranjero” y sin relaciones con la población local.

Mientras tanto continúan los enfrentamientos entre facciones del MNLA y el MUYAO; las negociaciones entre el Gobierno de Malí y los grupos Ansar al-Din y MNLA parecen estar en punto muerto; y la CEDEAO sigue a la espera de una resolución de Naciones Unidas que de luz verde a la intervención.

Pero algunos aspectos no parecen estar lo suficientemente claros de uno y otro lado.

Se desconocen las alianzas que puedan existir entre los grupos insurgentes y el peso que puedan tener los intereses particulares de cada uno de ellos a la hora de enfrentarse militarmente a una fuerza gubernamental.



No está aún claro el papel que jugarán actores tan importantes como Argelia y Mauritania. Su proximidad al foco del conflicto y la extensión de sus fronteras con el Azawad les hace vulnerables, pero también les supondría una amenaza que la zona se consolidara como bastión del terrorismo internacional. Habrá que esperar unos días hasta saber el perfil del nuevo primer ministro maliense, Django Sissoko, más en la línea del Capitán Sanogo, y por tanto presumiblemente partidario de reconstruir sus fuerzas armadas para resolver la crisis en solitario.

Tampoco se conoce a ciencia cierta la potencia de combate real de los grupos insurgentes, como tampoco se conocen las capacidades militares que habrá recuperado el ejército regular maliense con el reciente levantamiento del embargo de armas.

En cualquier caso, los riesgos que esta situación suponen para la región y para Europa están claros y no solo afectan a cuestiones de seguridad sino que también lo hacen a aspectos humanitarios y de derechos humanos. Por tal motivo, la crisis de Mali no ha de gestionarse exclusivamente en clave de seguridad, sino que también ha de hacerse considerando aspectos económicos, sociales, políticos y humanitarios.

Si el Gobierno de Mali, como viene pareciendo hasta la fecha, no se manifiesta capaz de resolver la crisis en plazos razonables, sea por la vía de las negociaciones, sea por la vía militar; la ONU, la Unión Europea y los países de la región han de tomar cartas en el asunto. El tiempo corre a favor de los insurgentes.

De llevarse a cabo la anunciada intervención internacional, la victoria de una coalición no sería fácil, pero constituiría un duro golpe para el salafismo-yihadismo y una lección para los movimientos extremistas en el norte de África y en el resto del mundo, y haría reflexionar a estos movimientos sobre los riesgos que corren en su ofensiva mundial hacia el califato.

María Dolores Algora Weber *Doctora en Historia Contemporánea y profesora de Relaciones Internacionales en la USP-CEU.*